


NÚM. 6.^o

30 SETIEMBRE 1887.


TOMO V.



REVISTA
DE
ASTURIAS



CIENCIAS, LETRAS, ARTES.




SUMARIO:


Diario de un espía... malgré lui, por GENARO ALAS.
—*Alsacia*, por ADOLFO POSADA.—*Apolo en Pa-
fos*, por LEOPOLDO ALAS (CLARIN).—*Trajes Sa-
ludos y Vocablos á la Moda*, por DAVID PRADA.
—*Teatro Español Antiguo*, JUAN MATOS FRAGO-
SO, (continuación), por FERMIN HERRAN.—*Cróni-
ca de la Provincia*.

DIRECCION Y ADMINISTRACION: PUERTA NUEVA ALTA, 14.

Oviedo.



IMPRESA DE LA REVISTA DE ASTURIAS.



ESCRITORES
DE LA
Revista de Asturias

DIRECTOR

Don Genaro Alas.

COLABORADORES

- | | |
|----------------------------|-----------------------------|
| D. Leopoldo Alas. | D. Manuel Pedregal. |
| > Félix Arámbaru. | > Máximo Fuertes Acevedo. |
| > Adolfo Buylla. | > Francisco Gascue. |
| > Fermin Canella. | > Estanislao Sanchez Calvo. |
| > Adolfo Posada. | > Julio Somoza. |
| > Ricardo Acebal. | > Braulio Vigon. |
| > Atanasio Palacio Valdés. | > José Maria Polledo. |
| > Armando Palacio Valdés. | |

NOTA

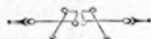
*La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta **Ilustracion** corresponderá á los autores.*

AUTORES Y EDITORES.

Se anuncian todas las obras que se remiten á esta redaccion y se juzgan en la *Revista Crítica*.



Diario de un espía... malgré lui.



Domingo 4 de Setiembre.

las siete de la mañana atravieso el Bidasoa; dos minutos despues me echo á la cara al gendarme francés; sin saber porqué me es antipático con su gran tricornio peraltado, sus cordones de algodón blanco y un cinturón muy bonito para una cocotte. En cambio los aduaneros me lo son también, por su escésiva sencillez; aquellas levitas verde botella sobre el pantalón azul claro... y luego parece que andan en zapatillas. Cambio mi primer billete de cien francos por un asiento de segunda clase hasta Toulouse y unos lises, napoleones, francos y sous; estos sous van á ser mi martirio en la contabilidad francesa; en vano me digo á cada cuenta que hago—Un sou es una perra chica—ni por esas. ¿Combien de céntimes, madama (ó monsieur)?—Solo así salgo del apuro. Hago mis primeras armas contestando al aduanero—Rien; des habits—El hombre tiene la galantería de entenderme y paso sin novedad al café.—Vacilo, y por último gritó—Garçon—¿Qué quiere V. señorito? me veo precisado á desayunarme en español, y en español viajo

hasta Bayona con un matrimonio que va á consultar con un médico célebre; ocupa las ventanillas del lado de la costa y apenas puedo disfrutar de la vista que se me antoja muy hermosa; de cuando en cuando entre dos eminencias veo el Jaizquibel, y debajo la silueta brumosa y elegante de Fuenterrabia. Mientras vamos pasando Saint Jean de Luz, Guethary, Biarritz comparo la primera tierra francesa con la última española; debe ser aprension, pero ya me parecen aquellas huertas mejor cultivadas, aquellos árboles más cuidados, aquellos caminos mejor *entretenidos*. Llego á Bayona, no sin contemplar encantado la magnífica perspectiva del Adour; quince minutos de espera y á un coche de *fumeurs*; esta vez viajo ya en francés. Mejor dicho viajo en *mudo*; ninguno de mis tres compañeros levanta la vista de uno de los tres ó cuatro periódicos de que va provisto; un monsieur de cara cuadrada, colorada, gran melena y gran barba gris sucio lee la Petite-Gironde—otro de tipo insignificante y cursi la Depeche de Tolosa; un caballero, tipo español, *decoré*, el Figaro. Cruzo l' Ardanabia, contemplo largo rato el río canalizado paralelo á la vía férrea, el paisaje risueño y frondoso, y de mi estasis me saca un destemplado grito que coincide con la parada casi instantánea del tren; veo en la guía que la estacion es Urt; y enseguida algo como el canto de un gallo, seguido de áspero chillido coincide con la salida del tren; apenas he podido examinar la estacion; modesta, limpia y rodeada de un bonito jardín, con una especie de prado á que prestan sombra frondosos árboles. Despues de cruzar la Joyeuse, la Bidouse y la Gave de Pau paro en Peyrehorade. Desde esa estacion hasta la de Puyoo he tocado en las Landas; en la última volvemos á los Pirineos bajos, y se renueva el personal del coche; los que entran proceden de Dax. Sigue el silencio; un señor de edad, cuya cara se me antoja volteriana, mira de reojo á un cura muy peripuesto que va leyendo su breviario; llego á creer que le está haciendo muecas provocativas; todo esto me sirve para distraer el hambre que se acentúa; aun no puedo distinguir en el imperativo vocear de los mozos de estacion los minutos de parada, y temo no aprovechar la ocasion de tomar un refrigerio. Pero no me es posible arreglar convenientemente el discurso necesario para preguntar al señor volteriano dónde se come; el cura, con quien tendria más confianza sigue leyendo. Para entretener el hambre me pongo á discurrir porque aquellos estensos campos de maíz parecen estar secos, y porque

en un país donde la nieve no debe ser mucha los techos son tan peraltados como en un paisaje flamenco; antes de averiguarlo paramos en Orthez. Este nombre, sin saber porqué despierta en mi recuerdos juveniles; deben ser reminiscencias de alguna novela en que habia Gastones de Foix, princesas de Navarra... pero el tren no para, y miro con envidia el letrero «Buvette» que se aleja rápidamente. El paisaje es encantador, ligeras ondulaciones á derecha é izquierda de la via, de las cuales descienden á la ancha y fertil llanura cascadas de follaje; los franceses deben amar con pasion el arbolado. En las praderas, que alternan con el maíz seco y el trebol blanco, pastan las vacas y los gansos... ¡patè foie gras! con menos me contentaria; pero no me decido á hablar. Tengo esperanza en Pau; allí debe ser la comida. Pau despierta en mi otros recuerdos; en 1868, cuando Isabel II se refugió allí, más de una vez pensamos en ir desde San Sebastian á tributarle el homenaje de nuestro ardiente monarquismo... pero una partida de tresillo á dos reales el tanto, y algunas otras cosillas, que no hay para que mentar, daban lugar á aplazamientos indefinidos. Lescar; la guia me dice que la estacion inmediata es Pau; miro al señor frontero, y me parece menos volteriano.

Resultó que mi interlocutor, pues al fin hablé, sabia español como yo francés y desde aquel momento no se agotó la conversacion bilingüe. Comí en Pau, y fumando un regular cigarro supe curiosas particularidades, peculiares del país; por ejemplo el maíz no estaba seco, sino que los labradores cortan en dos ocasiones la caña para que ésta se conserve más tierna, y para que la mazorca reciba más fuerza nutritiva; las casas tienen las cubiertas altas sin duda porque antiguamente la teja escaseaba, se cubría con pizarra de los Pirineos, lo que exige grandes pendientes, y quedó la costumbre. Parte de esto lo supe en el tren ya, así como supe que aquellos aldeanos comen, como los nuestros, borona que ellos llaman meture; y que la hermosa llanura regada por la Gave de Pau, y al fin de la cual se divisaban los contrafuertes pirenáicos, la plaine de Nay, era acaso el país de Francia más rico en hermosos caballos, tan buenos como sus vecinos de Tarbes. Desde Saint-Pé se está en pleno Pirineo; once kilómetros después Lourdes. Desde el coche veo á la derecha y muy por bajo de la vía, la cueva donde arden velas y oran peregrinos; me bajo en la estacion, larga pero mezquina; escucho con atencion las conversaciones, pues

imposible que entre los que bajan de unos coches ó suben á otros no haya algun español; mi buen cicerone me dice que el dia antes hubo dos trenes de peregrinos españoles, catalanes creo. Contemplo todas aquellas construcciones religiosas y profanas, arquitectura de confiteria, dicho sea con respeto á todo lo respetable; me llama la atencion un viaducto curvo y en pendiente que está en construccion; subo al coche sin oir hablar español, y al dejar atras la estacion veo las ruinas de un antiguo castillo en una posicion pintoresca por estremo. Vamos perdiendo de vista los Pirineos, cuyas cumbres se me antojaban tierra española, y con cierta melancolia aumentada por la tarde que declina, y por el silencio que sucede á la conversacion agotada, avanzamos hacia nuevas llanuras, las de Tarbes. En Lourdes se llenó el coche con cuatro militares; los dias festivos vienen muchos de Tarbes á la gruta; uno de ellos, voluntario de un año, habla regularmente el español, y me dá algunas noticias sobre la movilizacion; mi cicerone le pregunta por su hijo, voluntario en la artillería, y al cual va á hacer una visita; no le conoce nuestro compañero de viaje; la guarnicion de Tarbes, capital de los Pirineos altos, es muy numerosa; y además por su baratura atrae á todos los militares retirados con poco sueldo. Siento la llegada por perder la companía; pero el bondadoso señor, cuyo nombre no pude retener y sí su condicion, banquero establecido en Dax, antes de marchar me recomienda á otro compañero de viaje, Mr. Boe, maire de S. Paul-les-Dax. Este señor no habla español pero dice que lo entiende; próximamente como yo el francés; hablando ambos despacio la cosa va bien; al principio por galanteria Mr. Boé se esfuerza en darme noticias sobre lo que vamos viendo; pero muy pronto la reseña queda reducida á llamar mi atencion con un golpe en el muslo; enérgico, eso sí; despues una indicacion digital—Eh?—Oui, respondo yo, tan enterado como VV. comprenderán. Lo principal es que hemos convenido en que me llevará á la fonda que él frecuenta, buena y barata, (10 francos diarios); que al dia siguiente *me pilotará* en Tolosa, y sobre todo que me buscará un caballo... aun estaba yo en el período de las ilusiones. Salimos de Ozon-Ianespede y empezamos á subir la fuerte pendiente de la divisoria del Lena; me duermo.

Un golpe en el muslo me hace despertar; á la izquierda diviso un gran número de luces, y algo como una hoguera, de intenso

rojo. De cuando en cuando un alto terraplen me oculta el hermoso espectáculo. Paramos en la Gare Matabiau; las de Raynal y Saint-Ciprien están ocupadas militarmente. En la salida mi maire encuentra un amigo que le espera para llevarlo á comer; es el gerente del Progrés liberal, gran periódico tolosano ministerial, de 15 á 20.000 ejemplares de tirada (la Depeche, radical, tira 85.000). Bien recomendado, y citado para el café Albrihi, subo en un coche-Hotel du Progrés, rue Rivals, 8. Sin ver gran cosa comprendo que estoy en una poblacion grande y animada; esto último lo achaco á la movilizacion.

El hotel estaba lleno; pero ante la tarjeta de Mr. Boe apareció *une chambre* muy malita, pero sin luz; el patron en cuanto me oyó se puso á hablar en italiano, que suponía más emparentado con el español que el francés; la *dame* me hizo los honores con un español terrible; yo me entendí por fin con el camarero que hablaba modestamente en patois de Languedoc, que tiene para nosotros la enorme ventaja de no ligar las palabras; que es la verdadera dificultad que tiene que vencer quien está harto de conocer el francés en los libros, pero poco ó nada acostumbrado á oirlo. Medianamente lavado y cepillado me eché á las calles, que estaban animadisimas; antes, al salir, llené mi hoja correspondiente, mereciendo grandes alabanzas de la *dame* por la correccion con que escribí una porcion de datos interesantes relativos á mi persona. Crucé una magnífica calle, ancha, de altos y churriguerescos edificios, de comercios perfectamente iluminados, con tentadores escaparates (Alsace-Lorraine); vi una plaza delante de un gran edificio (el Capitolio); otra calle corta, como la de Carretas próximamente; luego otra plaza redonda, cuyo centro ocupaba un hermoso jardin, y todo alrededor cafés al aire libre; y preguntando allí por vez primera, me mostraron el café Albrihi muy cerca de una boca calle, donde empezaba un paseo muy grande (allée Lafayette). Sentéme junto á un velador, pedí mi café, papel, pluma y tintero; escribi, pagué mi consommation—ocho sous...—cuarenta céntimos—y me entré en el *bureau de tabac* á poner sellos á las cartas; aproveché la ocasion para hacer conocimiento con el estanco francés; por cincuenta céntimos una cajetilla muy cuca con veinte cigarrillos de un tabaco flojo, pero agradable; por quince céntimos un cigarrito idem, idem; por quince céntimos tambien una caja de *allumettes*, cincuenta, pero muy buenas.

Otro vistazo al café, el maire no ha llegado; compro tres ó cuatro periódicos... y à la cama.... mañana madrugaré.

Lunes 5 de Setiembre.

À las siete de la mañana ya estaba yo en la rue S.^a Ursula en el sucio y feo caseron que sirve de oficinas de correos; un sinnúmero de carteros de todas armas me hizo esperar media hora; pero mi paciencia, poco meritoria por cierto, tuvo sobrada recompensa, y à las siete y media me sentaba en la acera de la plaza del Capitolio delante de un velador en que campeaba una taza de café con leche, *un pistolet*, y la necesaria mantequilla; y aquí de abrir mi abundante correspondencia. Carta de Mr. Boris de Tannenberg, redactor del Temps, que en el mes de Abril había visitado en Oviedo à mi hermano Leopoldo, y dentro de ella otra para Mr. Adrien Hebrard, propietario del Temps y senador por Tolosa (Haute-Garonne). Idem; carta del coronel de Ingenieros Bosch incluyendo una tarjeta del reputado escritor militar Lallave, capitán de ingenieros, para Mr. Jouart, coronel de artilleria y jefe del negociado de movilizacion en el ministerio de la guerra; con más otra carta de mi compañero el teniente coronel Roldan para el Iltmo. Señor D. Fernando Serpa de Pimentel ayudante de S. M. Fidelísima. Y por último, una de Dionisio Pinedo, que acompañaba à otra del embajador Sr. Albareda para el marqués del Pedroso, consul español en Tolosa; tan eficaz era esta que desde aquel momento me consideré oficialmente admitido en el E. M. del cuerpo de ejército; y si el reló no me hubiese advertido de lo intempestivo de la hora en el primer ímpetu de alegría hubiese saltado en el primer simon para ir en linea recta al consulado.

Hago gracia al lector de las infructuosas corridas que dí para ver à Mr. Hebrard, à Mr. Jouart, al Iltmo. señor Serpa; tanto estos, como el profesor Dumeril, à quien me habia recomendado Adolfo Posada, y otros particulares de Tolosa, à quienes habia de visitar en nombre del señor Paussier, no estaban en la ciudad. No me apesadumbré sin embargo; llególe el turno al cónsul, y mis esperanzas quedaron sobrepujadas por el éxito. El marqués del Pedroso es un representante que honra à España; *il est bien gentil*,

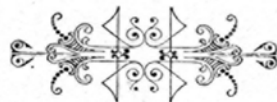
me decía el maire cuando salíamos ufanos de la visita, para volver á las doce y media; á esa hora encontraría en el consulado nada menos que al señor Navarrete coronel de artillería bien conocido como militar y escritor; y el marqués iría con nosotros (y con la carta de Albareda) á pedir la autorizacion necesaria al coronel Guiot, jefe de E. M. Como la lechera del cuento el marqués, Navarrete y yo formábamos planes desde el consulado á las oficinas del E. M.; Navarrete quería coche, yo caballo para ver las operaciones y la cosa quedó indecisa; se proscribió el uniforme, y convenimos en los detalles que cada uno estudiaría; el marqués nos daba cuantas noticias podíamos apetecer. Pero nuestro gozo duró tanto como la travesía; en cuanto el coronel Guiot contestó á la presentacion hecha por el Cónsul con una simple inclinacion de cabeza, sin tender la mano á dos Jefes de un ejército extranjero, Navarrete y yo cambiamos una mirada, que ya que allí no se tradujo en palabras no seria de buen gusto esplanar aquí; el coronel hablaba muy de prisa, pero por la cara del marqués se conocía que la cosa no iba bien; para abreviar, la visita duró muy poco, y salimos desahuciados, nada de autorizacion oficial ni mucho menos; podriamos asistir á las operaciones á riesgo y ventura; pero había órdenes muy severas prohibiendo autorizar la presencia de los extranjeros en general, y de los periodistas y militares en particular. Encuanto nos vimos en la calle se celebró consejo; el marqués nos contó varios casos de espías alemanes, ó presuntos espías detenidos desde el 28 de Agosto; él mismo, en una visita que habia hecho á un pueblecillo inmediato, habia tenido á un gendarme al lado hasta que se embarcó para Tolosa. ¡Y Navarrete que pensaba estudiar un aparato de puntería que le habia llamado la atencion en la exposicion tolosana, y que me habia recomendado que me fijase mucho en los telégrafos y globos! En correctisimo y enérgico castellano mandó á paseo la movilizacion y los franceses, y se decidió desde luego á esperar la contestacion que Albareda daría á un telegrama cifrado, que el marqués se apresuró á remitir. Pero yo estaba decidido á ser espía oficial; ya porque habia perdido la esperanza de obtener autorizacion ninguna, ya porque la cara de Mr. Guiot me habia inspirado la resolucion de no estrechar la mano de ningun oficial francés al norte del Bidasoa. Despedime del cónsul y de Navarrete, me fuí al hotel, y allí supe que la policia habia hecho que se le enseñara mi hoja donde constaban mi nombre, mi apellido,

mi nacionalidad y mi condicion de militar retirado, conforme todo con el pasaporte espedido por el gobernador civil de Oviedo; esto y haber leído en la *Depeche*, periódico tolosano, que había llegado Mr. Pauly, inspector especial de policia encargado de la caza de espías, acabó de decidirme á no perder un solo día, y salir al siguiente para Castelnaudary, cuartel general de la 33.^a division, y en cuyos alrededores, si el plan de movilizacion se habia cumplido segun rezaba un programa contenido en varios periódicos tolosanos, debia estar acantonada toda ella.

Dediqueme pues á aprovechar la tarde y la noche tanto para ver lo posible de la parte de movilizacion, como de la civil. De la primera pude atisbar muy poco; lo que de la segunda es digno de mencion formará el asunto del próximo artículo.

Salinas 19 de Setiembre de 1887.

GENARO ALAS.





ALSACIA ⁽¹⁾

(Con ocasion de un viaje por Alemania.)



III.

Strasburgo—La Catedral.

Con lo dicho y otros mil interesantes datos que nadie ignora se comprende el interés que Alsacia despierta. Por una coincidencia singular, este país es de una importancia inmensa. Alsacia significa un gravísimo problema en el complicado *hacerse* de las nacionalidades; el derecho de gentes tiene en Alsacia mucho pero muchísimo que estudiar; la psicología social puede recojer datos especialísimos en la historia de aquel pueblo y en fin todo el que más ó ménos se preocupe con los problemas políticos, con los intereses humanos hoy en debate verá en Alsacia-Lorena un nombre que dará lugar á las más complicadas y serias reflexiones...

Y siendo esto así ¡cuántos atractivos no tiene un viaje por entre aquellas poblaciones heroicas llenas de recuerdos hermosos, saturadas de poesía y hoy en plena y gigantesca lucha! Aunque ciertamente la naturaleza es fría y permanece impasible ante los más tremendos combates humanos y parece á primera vista que

(1) No habiendo podido corregir el autor las pruebas del anterior artículo, se deslizaron en él bastantes erratas de importancia, muchas de las que sin duda habrán sabido salvar los lectores. (*N. de la R.*)

aquella nada significa en el desenvolvimiento de estos, ó que si realmente hay una relacion es tan íntima, tan interna y sólo manifestable á tan largo plazo que no puede comprenderse al punto, sin embargo, nosotros por movimiento inconsciente de nuestro pensamiento, vemos en el *suelo*, en el *medio físico* un complemento natural é imprescindible para todo hecho del hombre sobre la tierra. Así se explica ese afán que tenemos de figurarnos un *lugar dado* en cuanto se nos relata un suceso cualquiera; la satisfaccion en cierto modo estética que sentimos al visitar un sitio célebre donde hubiera ocurrido algo importante, y hasta la rectificacion que á veces hacemos de un acontecimiento cuando conocemos el teatro donde fuera realizado. ¡En cuántas ocasiones al penetrar en un país cualquiera, del que por la historia, por los libros, por mil referencias tenemos formada una idea especial, fantástica quizá, sentimos cierta estraña impresion al ver que nada anuncia en la tierra lo que la imaginacion habia forjado! y cuántas otras fijándonos más acaso, y estudiando detalladamente la naturaleza llegamos á establecer de un modo indiscutible y firme la relacion íntima entre el lugar y el suceso hasta el punto de no comprender el uno sin el otro!

Los países son interesantes por si mismos por el elemento de belleza que suponen como cuadros naturales, y por causa del hombre, que en ellos pudo verificar algo notable y digno de especial estudio. ¡Cómo se nota al historiador artista cuando es conocedor ó ignorante del territorio en que los sucesos que pinta ocurrieron!...

Bien conocemos que la relacion real á que aludimos, no puede ser comprendida en todo su valor sociológico sino despues de amplio exámen, y que cuando se trata de determinar la ley de la misma es preciso mucho estudio; pero tambien se debe reconocer que aun sin tratar de llegar á tanto, sin pretender hacer sociología, el país que despierta siempre curiosidad, es un elemento de importancia cuya sola contemplacion puede servir de mucho, completando ideas, rectificándolas y redondeando por decirlo así, impresiones hasta entonces sentidas sólo por medio de ese trabajo creador de la imaginacion»...

Alsacia en estos últimos años principalmente, ha tenido el privilegio, triste acaso, de llamar la atencion del mundo de una manera especial. Los nombres de todos sus pueblos no son descono-

cidos de quien lea periódicos y hay pocas personas que no los lean hoy. Sus comarcas fueron teatro de mil acontecimientos notables, sus habitantes héroes de intrincados dramas, como ya dejamos indicado. Por todo esto una visita á Alsacia es una visita llena de atractivos. Aunque esa visita no sea detenida y para llegar á determinar las leyes sociológicas á que há poco aludíamos, aunque no sea más que un paseo ligero y rápido en el que tan solo se recoja esa impresion primera del ambiente, el viaje por Alsacia ayuda mucho á comprender la especial situacion que en la historia ocupa. Por de pronto, se vé un país rico... una série de ciudades admirables...una poblacion animosa y valiente... algo en fin que en los cálculos del conquistador puede moverle é instigarle. Es una buena presa...

Con estas esplicaciones que hago, el lector pondrá en su punto el valor de mis apreciaciones é ideas. No estrañará lo ligero de mis juicios, lo poco *calcado* de mis impresiones, y la ligera exposicion de ciertos asuntos por mil motivos interesante.

Por más que Alsacia fué recorrida de un Sur á Norte por nosotros, solo de un pueblo quiero hablar, porque es del que más firme recuerdo conservo y al hablar de Strasburgo (que ese es como ya se presumirá por lo antes dicho, la ciudad á que aludo) quiero hacerlo y lo haré con mayor detenimiento del grandioso edificio que recordará siempre las buenas cualidades de Alemania denunciando en medio de densas nubes y de negruras impenetrables, el alto sentido social, el ideal magnifico de esa gran raza germánica que tanta gloria tiene dada á la filosofía y á la ciencia. Me refiero á la Universidad Guillermina.

Ya digo antes que serían las 9 de la noche cuando el perezoso tren aleman, despues de atravesar las fortificaciones penetraba bajo las altas arqueadas de hierro y cristal que cubren una estension grandisima de vias en la Estacion central de Strasburgo. Esta es magnífica; es una construccion que al lado de las fortificaciones y de la Universidad, denuncia el esfuerzo intencionado del Imperio de dominar el espíritu afrancesado de la heroica poblacion imprimiendo en sus obras el sello de la grandeza y de la fuerza. Basta ver las tres citadas para comprender que aquel lujo, aquellas proporciones enormes responden á la idea que indicamos. El aspecto que presentaban los andenes á aquellas horas iluminados completamente por numerosos focos de luz eléctrica era mag-

nífico, tenía algo de fantástico. En el espacioso vestíbulo, también iluminado pude contemplar los dos grandes frescos que un escritor (frances claro está) considera como una de tantas tonterías ó torpezas de los alemanes. Representan el *Antiguo y el Nuevo Imperio*. El antiguo con la entrada triunfal del Emperador Maximiliano en Hagueno y el Nuevo... con un episodio del homenaje rendido al Emperador Guillermo I por los alsacianos, (muchos de los cuales lucen la cinta de la Legión de honor) nueve años después del incendio de Strasburgo.

La Estación tiene su fachada principal hacia una gran plaza semicircular rodeada de buenos edificios. Cuando la atravesamos muy pocos transeuntes cruzaban por ella hasta que las cornetas y tambores anunciaron el paso de unas cuantas compañías de soldados alemanes.....

Y héme ya en Strasburgo, la codiciada y más rica presa de los alemanes, importantísima por su historia, célebre por sus luchas que hasta hoy tan admirablemente corona la heroica defensa de 1870, é indomable ante los alhagos y amenazas y castigos con que la política de Prusia quiere subyugarla para germanizarla en espíritu é idea, desde el tratado de Francfort.

La ciudad tiene una situación hermosa sobre el *Ill* que al acercarse á ella se parte en caprichoso haz de canales que luego se extienden y lo atraviesan en varias direcciones. El célebre río que tanto papel representó en las guerras de las dos naciones enemigas, el río de los poéticos castillos y de los sabrosos vinos, el Rin, está cerca, á una hora no más y con él se comunica fácilmente Strasburgo por medio de los cómodos canales.

El aspecto de la población una vez internado por *Langestrasse* (antes la *Grand rue* como aun se puede leer en borrosas letras esculpidas en los sitios adecuados) es raro y originalísimo de veras. Las calles son en general largas, estrechas y tortuosas, bastante animadas y llenas de comercios vistosísimos. Las casas características, alguna de rica madera tallada á la antigua, todas con el tejado inmenso, muy pendiente y apuntadísimo. Esto, claro está, en la parte antigua, principalmente la que queda como aprisionada entre los dos brazos mayores del *Ill* y en cuyo centro se levanta la esbelta torre de la hermosa catedral; porque el barrio alemán, es decir, la parte nueva que se extiende al rededor, de la Universidad Guillermina, es un conjunto de magníficas y anchas

avenidas, frondosos jardines, deliciosos paseos y casas y palacios soberbios de construcción imponente y rica.

En Strasburgo, aparte del pueblo en conjunto que es interesante y curioso, hay tres objetos que llaman la atención del viajero de una manera especial. A los tres he aludido ya en alguna ocasión y se comprenderá por esto que me refiero, al cinto de hierro que aprisiona á la ciudad totalmente, á la hermosa catedral monumento del arte románico y del gótico y por fin á la más colosal de las construcciones modernas elevada para la ciencia aunque quizá no por motivo de ella, es decir la Universidad del Emperador Guillermo.

No he de hablar como ya indiqué de las fortificaciones, de aquellas colosales cinturas algunas de las cuales se extienden á una distancia de unos 7 kilómetros de la ciudad y que vinieron á suceder á la célebre ciudadela construcción magnífica de Vauban.

Además que en mi estancia en Strasburgo solo una rapidísima ojeada pude echarles.

Un interés más elevado tienen después de todo la Catedral y la Universidad, su contemplación no más, bien aprovecha unas cuantas horas, su estudio días.

Como así lo presumíamos, en cuanto al día siguiente de nuestra llegada nos levantamos despertados por toques repetidos de músicas militares y cornetas, nos dirigimos hacia Domplatz; para llegar allí desde el Hotel Pfeiffer (situado junto á la Estación central) es preciso atravesar gran parte de la población.

Baedeker en... ristre la emprendimos después de algunos trompicones ó esquinzos por la interminable *Langstrasse* ó mejor por la *Grand rue* hasta llegar á una bonita plaza en cuyo centro se declara un elegante monumento á Gutenberg adornado con bajos eleva representando alegóricamente los beneficios reportados por la imprenta, y coronado por preciosa estatua del grande hombre, obra de David de Angers. Desde este punto ya se descubre la soberbia flecha del magnífico templo. Basta atravesar una cortísima calle para que la vista tropiece con una de las obras más delicadas y magníficas que el hombre supo producir en el arte difícil de la arquitectura. Es la fachada principal de la Catedral célebre, la fachada denominada del *maestro Erwein* con su portada de armonía singular, su roseton enorme de 13 metros y medio de diametro, atrevidísimo, colosal y aquella torre de 142 metros

de altura, la más célebre de todas las construidas en Occidente por la elegancia especial de sus trazos, las proporciones admirables de su conjunto, y lo valiente de su flecha inmensa. Lástima que no pueda ser admirada desde un punto de vista adecuado, tal como una plaza extensa aquella maravilla del arte gótico!

Este monumento prodigioso y que supone un esfuerzo humano tan colosal, tiene como todos una historia intrincada y difícil. La historia de las grandes obras del genio colectivo de la humanidad. La fachada de Erwein, presenta ya mil peripecias que yo no he de contar aquí, pues cualquiera puede verlas en excelentes libros de donde yo las tendría que tomar. Solamente indicaré que fué comenzada hacia el siglo XIII y terminada hacia el XV, que el citado Erwein de Steinvach abrió sus cimientos, la continuó su hijo Juan, elevándola Juan Hiltz de Colonia hasta la flecha que terminaron otros varios arquitectos en 1439.

En la guerra de 1870 la flecha sufrió muchísimo, como que sirvió durante el bombardeo «de blanco admirable»; pero todas las roturas y desperfectos fueron cuidadosamente remediados. Las otras fachadas son magníficas también, aunque al lado de la de Erwein quedan tamañas para la admiración. Pero el conjunto, el templo todo, es de primer orden. ¡Qué proporciones más armónicamente guardadas! ¡Qué lujo y qué riqueza de detalles arquitectónicos, todas expresión de un genio artístico poderoso y delicado! Un bosque de esbeltas torrecillas, un verdadero laberinto de contrafuertes graciosamente coronados por ellas, adornan la hermosa catedral. Por todas partes tropieza la vista con las atrevidas curvas de los arbotantes que parecen entrecruzarse caprichosamente... Al contemplar admirado aquel prodigio de combinaciones, la imaginación queda suspensa, el ánimo se contrae y solo se ocurre pensar en el genio que supo resolver los infinitos y difíciles problemas de mecánica que se suponen resueltos para mantener en tan rara armonía y estabilidad la fuerza encontrada y los tremendos pesos de aquel cúmulo imponente de macizos materiales.

Y hay que tener en cuenta que todo ese *lujo* de piedras que dan vértigo al que las contempla, no es un lujo supérfluo y caprichoso. No! En la arquitectura gótica, cada uno de aquellos arcos el macizo de los botareles, la profusión de pesados contrafuertes responde todo á una necesidad interna, me atrevería á llamarla orgánica de

la construcción. Es, aunque parece una paradoja, un *defecto*, hoy salvado por la ciencia.

No sabían sostener aquellos arquitectos, las pesadas cúpulas sin forzar las murallas con sólidos apoyos. Pero, son dignos de especial admiración por el singular partido que para la belleza supieron sacar de tales demasías. Los ángulos de los contrafuertes que resultarían secos y fríos los adornaban con columnitas ligeras y finas, sus caras que presentarían un aspecto demasiado feo y monótono, las cortaron de modo que sirvieran de asiento à imágenes. Los remates de las pirámides las tallaron también en forma de florones graciosos y ricos, y en fin de todas aquellas agrupaciones de piedra necesarias para la solidez, pero que podían presentar à la vista un aspecto deslucido y feo sacaron el partido que admiramos al contemplar las grandes obras del arte que tan admirablemente representa la catedral de Strasburgo.

Después de una rápida ojeada al exterior penetramos en el templo, solo un disimulado paseo pudimos dar entonces. El enorme suizo nos vigilaba ganoso de encontrar pretexto para advertirnos que el servicio divino no había terminado aun y que por tanto, la Catedral no podía ser mirada en calidad de monumento. Para evitarle tal molestia salimos dirigiéndonos por los anchos muelles que sujetan al río à visitar más y mejor la población. Recorrimos luego, tropezando, eso siempre, con infinidad de uniformados alemanes, la pintoresca calle de las *Arqueadas*, centro del comercio de Strasburgo calle estrecha con soportales, estrechos también y literalmente llenas de tiendas y puestos ambulantes. La animación y el ruido eran ya aquellas horas verdaderamente extraordinarios. A cada uno de los extremos de esta característica calle, se encuentran dos plazas, una la citada de Gutenberg y otra más grande, centro magnífico de animación y movimiento, es la de Kléber; en ella se eleva también como en la otra un monumento en honor del titular de Kléber el célebre general. Y como la hora avanzaba y ya los oficios divinos habían terminado volvimos à acercarnos à la Catedral, para poder visitar el interior más à nuestro gusto y con entera tranquilidad.

Confieso que la impresión que me produjo fué verdaderamente extraordinaria. La nabe central de unos treinta metros de altura, magestuosa y atrevida, fina de dibujo y apariencia ligera apesar de su construcción sólida, con su fondo precioso constituido por la

capilla mayor de estilo arquitectónico diferente, presenta una vista soberbia. Sin ser el templo de proporciones enormes, como la Catedral de Colonia, la impresión de grandiosidad se experimenta bajo aquella nabe de más de cien metros de largo. A ello contribuye indudablemente la media luz delicada y tenue que penetra á través de los cristales de maravillosos tonos del ventanaje gótico...

Silenciosos y bajo cierta influencia rara que se experimenta siempre en las grandes catedrales de este estilo arquitectónico, dimos nuestro paseo por el templo examinando las varias cosas interesantes que allí se encierran, tales como el púlpito magnífico, adornado profusamente con preciosas esculturas de Hammerer, las preciosas pilas bautismales del siglo XV y el coro que conserva recuerdos de la primitiva construcción románica, decorado modernamente con frescos de Steinheil y de Steinle, verdad que de valor artístico dudoso. En el crucero, todo viajero que se le ocurre tomar por cicerone á uno de aquellos que tal oficio desempeñan dentro de la catedral (mediante propina claro está) se detienen unos cuantos minutos para oír la detallada historia y descripción explicativa del célebre reloj de Strasburgo. Es inmenso y raro, constitúyelo multitud de piezas y figuras las cuales todas tienen participación útil en el fin de tan extraño aparato. El niño, el adolescente, el hombre y el viejo desempeñan el papel de cuartos de hora, varias divinidades simbólicas los días de la semana; hasta Jesucristo y los Apóstoles también tienen algo que hacer allí...

La hora que teníamos fijada para visitar la otra grandiosidad que encierra Strasburgo, se iba acercando, así que dejamos, con esperanza de volver, eso sí, la catedral y dirigimos nuestros pasos hácia el barrio rico, donde reside gran parte de la población alemana y en cuyo centro se levanta como indiqué ya la *Universidad Guillermina*.

Pero esto merece párrafo aparte.

ADOLFO POSADA.

Catedrático de derecho político en la Universidad de Oviedo.





Apolo en Pafos.



V. (1)

Clío, la primera y más venerable de las Nueve, tenía sujeta á Caliope por el moño, y no quería soltar mientras la inspiradora de la poesía épica no confesase que la novela, género literario que los antiguos no dedicaron á ninguna musa en particular, pertenecía á quien inspiraba la historia, que era ella, Clío.

Caliope juraba que primero se dejaría hacer tajadas que renunciar á la novela, que era cosa suya; y citaba, entre otras, la autoridad de don Luis Vidart.

En vano Polimnia quería poner paces vociferando que á ella correspondía dirimir la contienda; nadie le reconocía competencia, y Hermes, que se divertía mucho con el garbullo, atizaba la discordia diciendo:

—Yo creo que hay argumentos favorables á la pretensión de Clío, por más que no le faltan á Caliope razones en que apoyar su derecho; por lo cual, y no siendo aplicables al caso las reglas de la jurisprudencia para los conflictos entre dos derechos, no hay más remedio que recurrir á la ordalia, y que midan ambas Musas

(1) El precioso trabajo que hoy publicamos de nuestro colaborador *Clarín* es un *fragmento* que el autor con amabilidad que agradecemos, nos permite tomar de su tercer folleto literario titulado *Apolo en Pafos (Intervien)* y el cual como sus hermanos mayores (*Un viaje á Madrid y Cánovas y su tiempo*) dá á la luz pública el acreditado editor madrileño Fernando Fé.—(N. de la R.)

sus fuerzas; sea el moño de cada cual el símbolo de la novela, y la que se quede con el pelo de su enemiga en las manos, esa venza. Por lo pronto, la victoria se inclina del lado de Clío, que ya ha hecho presa... y ya se sabe aquello de *beati possidentes*.

Entonces fué cuando acudió Apolo al ruido; se le enteró de todo, y quiso oír á las partes, obligándolas previamente á renunciar á la *manus injectio*, es decir, haciendo que soltara Clío el moño de Caliope, y Caliope el *polisson* de Clío.

Había empezado la disputa con motivo de dos escritos recientes de literatos españoles, á saber, los artículos de Valera acerca del *Arte de escribir novelas*, publicados en la *Revista de España*, y las conferencias dadas por doña Emilia Pardo Bazán en el Ateneo, tituladas: *La revolución y la novela en Rusia*.

De uno y otro trabajos se había hecho lenguas Polimnia, que era quien los había leído; y había alabado en el de Valera la gallardía de la forma, la copia, la variedad y selección de la lectura, la originalidad de muchos juicios y la profundidad de la doctrina acá y allá esparcida, sin pretensiones de orden ni de rigor didáctico, pero con más alcance del que podían comprender lectores vulgares ó distraídos. En cuanto á las conferencias de doña Emilia Pardo Bazán, declaraba Polimnia que ella las firmaría sin inconveniente, y alababa, sobre todo, la oportunidad del intento.

—Y qué dicen de la novela en cuanto género? había preguntado Hermes, que deseaba ver enzarzadas á Clío y á Caliope. ¿Dicen que pertenece á los dominios de vuestra hermana mayor, ó al dominio de la poesía épica, ó á ninguno de ellos?

—Nada dicen de eso; pero á lo que se deduce de la doctrina respectiva de uno y otro autor, según Valera, la novela no debe acercarse á la historia, pues ésta lleva la verdad por delante, y aquélla para nada la necesita; en cambio, la escritora coruñesa dá tal importancia y carácter utilitario é influencia social á la novela, que lógicamente prodría Clío sostener que, de ser este género según esa señora dice, es un modo de historia de la actualidad.

¡Aquí fué ella!... Las dos Musas que se disputaban la novela, comenzaron á gritar y á perorar, como procurando cada cual apagar las voces de la otra. Más altas sonaban las de Caliope; pero bien se conocía que Clío tenía aliento más largo y tardaría más en cansarse de vociferar sus excelencias y el derecho que la asistía.

Y así fué que, cuando ya la diosa de la poesía épica había callado por no pader más, la Musa de la Historia continuaba diciendo:

—Repito y repetiré cien veces que me importa mucho recabar mi jurisdicción sobre la novela, ya que éste es el género más

comprendivo y libre de la literatura en los días que corren; y como no hay para la novela Musa determinada, yo debo ser quien la dirija; porque así como se ha dicho que la estadística es la historia *parada*, yo creo que la novela es la historia completa de cada actualidad, no habiendo, en rigor, entre la historia y la novela más diferencia que la del propósito al escribir, no en el objeto que es para ambas la verdad en los hechos. Regiones hay del arte en que novela é historia casi casi se confunden, y es allí donde el historiador y el novelista se propusieron fines poco menos que semejantes; así, como ejemplo de gran distancia entre la historia y la novela, podríamos citar un cronicón apelmazado y soso, escueto y pelado de la Edad Media, y compararle con Amadis de Gaula ó con las Sergas de Esplandián; en el cronicón no hay más que la verdad monda y lironda de los hechos, sin arte, sin orden didáctico, sin propósito ideal; nada más que algunos hechos desnudos y de la realidad más superficial, de lo que cae en el campo de observación del más vulgar testigo de la vida ordinaria; en el libro de caballerías no hay más que fantasía, el valor de verdad se desprecia aun en su elemento más compatible con la invención, ó sea en la verosimilitud; lo que menos importa es, no ya que aquello haya sucedido, sino que haya podido suceder; aquí, el único mérito que nada importa es el de la verdad y aun posibilidad de los hechos; en el cronicón, el único valor positivo es la realidad de los hechos apuntados. Pues ahora, el ejemplo contrario: la historia, según la entienden y escriben algunos grandes historiadores modernos que tienen facultades de filósofos y artistas, v. gr., Renan; y la novela, según la escribe Flaubert, y en cierto modo, según la escribe Freitag; en la *Vida de Jesús*, en *Los apóstoles* el arte de resucitar la vida de nombres y tiempos remotos se vale de medios y tiene propósitos análogos á los que emplea en sus obras arqueológicas el autor de *Salammbó* y *Herodias*; y es de esperar que cuando el novelista se haya llegado á penetrar más todavía del fin educador de su arte, y el historiador comprenda mejor todavía los misteriosos infalibles recursos de la visión poética, para evocar la más aproximada imagen de la realidad pasada; es de esperar, digo, que entonces sean mayores las semejanzas de novela y de historia, y ha de estar á veces en muy poco, muy poco, la diferencia. Nada de esto se puede entender bien cuando no se tiene la fè profunda en la verdad y en su belleza; llegará un día en que será un crimen de lesa metafísica el pretender que pueda haber superior belleza á la de la realidad; la realidad es lo infinito, y las combinaciones de cualidades á que lo infinito puede dar existencia, ofrecen superiores bellezas á

cuanto quepa que sueñe la fantasía é inspire el deseo. Y si á esto se me quiere objetar aprovechando aquel argumento de Hegel, que consistia en decir: El hombre es capaz de crear lo más bello, y esta no es idea impía, pues al fin el hombre será á su vez obra de Dios, y por ende Dios creador de los más bello también, mediante su criatura, el hombre; si este argumento se quiere aprovechar transformándole y diciendo: Aunque la realidad en su infinidad puede producir incalculable belleza, como el hombre y su fantasía son parte de esa realidad, puede estar en la fantasía del hombre lo más bello entre toda la realidad bella; á eso contestaré que es una suposición gratuita el señalar á semejante parte infinitamente determinada del mundo real lo mejor de la realidad en cuanto belleza; pues quedan infinitas probabilidades en el resto del mundo á favor de otras cosas que pueden ser más bellas que los productos de la fantasía humana; y esto será lo más verosímil, pues el hombre sólo se mueve en esfera muy limitada, aun cuando más libremente sueña, y quedan por fuera de la posibilidad de sus combinaciones fantásticas mundos de relaciones infinitas, cuya belleza él no puede sospechar siquiera. ¡Oh, no! La mayor belleza no la compone el sujeto soñador, que así pronto se agotaría el manantial de lo bello artístico; de fuera adentro, de la realidad á la fantasía, viene la savia del arte, y toda otra forma de vida es anuncio de muerte. La verdad, ese cielo abierto al infinito que tenemos ante estos estrechos agujeros de los ojos, es la fuente de belleza, y por eso la novela, la forma más libre y comprensiva del arte, se dá la mano con la historia, penetra en sus dominios; y yo, Clío, que soy la Musa de Tucídides y de Plutarco, debo ser la musa de Cervantes y de Manzoni.

—Todo eso estaría bien, amada Clío, interrumpió el crinado Febo, si no fuera un exclusivismo tan erróneo como todos los exclusivismos. Bien sabe Zeos, mi Padre, que me pesa dar lecciones de estética; pero no siento darlas de tolerancia, de espíritu expansivo. Sí es cierto que hay género de novela que viene casi á confundirse con la historia, así como hay modo de escribir historia que es obra de arte casi casi novelesco; no te niego que la verdad comporta más poesía, por comportar más belleza que cuanto cabe que invente el hombre, y esto por las razones que oscuramente has pretendido alegar; pero no toda la historia necesita ir por ese camino, ni, y esto sobre todo, la novela en general es como tú dices, pues ha habido, hay y habrá siempre novela puramente fantástica, aspiración de la idealidad, reflejo del puro anhelo, que será tan legítima como la más instructiva, profunda é histórica creación del novelista más concienzudamente enamorado de la

realidad y su belleza. Por eso hubo, hay y seguirá habiendo, novelas que, más que á Clío, se acerquen á Caliope, al poema épico. Pero así como digo esto y sostengo la legitimidad de aquellas fábulas que poco ó nada se cuidan de respetar la verdad, ó sólo respetan la verdad de un orden y olvidan la de otros, también aseguro que el gran interés que en los tiempos presentes alcanza la literatura novelesca, más se debe á las obras de los que en general llamaré realistas, que á las de sus contrarios, algunos ilustres. Y siento en el alma que un D. Juan Valera, orgullo mío, lince y ruiseñor en una pieza, en esos artículos acerca del *Arte de escribir novelas*, de que antes hablábais, se incline con todo el peso de su autoridad del lado de aquellos exclusivistas que no quieren en el arte más que diversión y pasatiempo, y dividen abstractamente las ocupaciones racionales de la vida, y dejan toda la formalidad para unas, y toda la broma y jarana para otras. Indigna es semejante separación, arbitraria, infecunda y fría de espíritus poderosos y noblemente inspirados por el amor sério y profundo de la bella santidad de las cosas; y no debieran los hombres que han sentido en el amor del arte toda la dulzura del cáliz de la belleza, hacer coro á los que dicen que la ciencia enseña y la poesía no; siendo así que la poesía todos sabemos cuál és, y ciencia se llama á lo que no lo es, las más veces; porque no hay más ciencia que la que consiste en el conocimiento evidente de la verdad, y no son libros científicos los que lo son tan sólo por el propósito ó el asunto, sino que han de serlo por la verdad sistemática que hangan ver; mientras de la evidencia de la poesía, allí donde la hay, sabemos por medios infalibles. Y lo verdadero puede saberse poéticamente, así como con la mayor *prosa* del mundo se puede tragar el error. Y, sin que yo anuncie ahora si se cumplirá ó no la profecía de un poeta francés moderno, que dice que los poetas volverán á encargarse algún día de enseñar el camino de la luz á los hombres, si declaro que eso puede ser, porque en nada modifica á la verdad el ser sabida poéticamente; y diré más: así como siempre os quedaría algo por saber de la esencia y cualidades de la naturaleza, mientras desconociérais la existencia de la música, mientras no hubieseis oído sonar armoniosamente las cosas, pues en la vibración sonora van misterios de la realidad de otra manera incommunicables, del propio modo hay en la verdad un principalísimo aspecto que solo puede ser comprendido mediante el arte, esto es: en la expresión perfecta de su poesía.—Y no digo más, porque ya las brisas me sisean pidiéndome silencio para celebrar, todos callando y murmurando ellas, el divino misterio de la tarde, cuando mi propia imágen, el sol de

oro, se acerca á besar el inflamado seno de Anfítrite. Sí, callemos, divinas hermanas: oigamos la sosegada armonía de los cielos y la tierra, que en el silencioso ritmo de los fenómenos naturales repetidos días y días, cantan el himno del amor perfecto, cayendo el disco de fuego sobre el mar y rodando perezosa la tierra para recibir sobre la húmeda espalda de las olas la caricia voluptuosa de la luz mística del Poniente. Callad, sí, y oid también el armonioso concierto de vuestra propia idea con la idea divina que el mundo ante los ojos os revela; y ved cómo todo, lo de dentro y lo de fuera, canta la misma oda y aspira á la misma paz y se arroba embebecido en el mismo inefable amor. Musas, si amais la poesía, no riñais, no alboroteis estas enramadas tranquilas, siendo espanto de las aves y escándalo de la graciosa Eco; amad y comprenderéis, amad é inspiraréis; tolerar es fecundar la vida. Y basta y sobra. Nadie diga de esta agua no beberé; odio los vanos discursos y llevo un cuarto de hora arengando á mis Musas; pero ya callo. Dispersémonos; tú, Afrodita, sígueme, que tras aquella peña hemos de contemplar dignamente el postrer misterio del día.

VI.

Seguí al dios, á escondidas, entre las matas del sagrado bosque cuyas últimas ramas, verdes y graciosas, se mecían sobre los rizos blancos de las ondas. Apolo y Venus desaparecieron un momento de mi vista al rodear una peña que avanzaba sobre el mar entre espuma; pero fuí audaz, seguí su camino, y acurrucado entre las piedras, como convenía á un misero mortal en aquel trance, vi á los dioses transformados, ingentes, vestidos sólo de la luz de la tarde y del esplendor de su hermosura. Afrodita sin velos, Febo desnudo, dorado por los reflejos de sus propios rayos, sumergían los pies divinos en las aguas tranquilas que como cintas de plata y de púrpura enlazaban, enredándose en ellas, las plantas de los inmortales. La cabeza de Venus descansaba lánguida y graciosa en el pecho de Apolo, que con la frente erguida, iluminada, miraba con arrogantes llamaradas en los ojos á lo más alto del cielo, buscando la frente de Zeos, su Padre, para anunciarle sus desposorios con la diosa de la hermosura, la madre del amor.

Moría la tarde majestuosamente; las brisas que se desataban del bosque perfumado, embalsamaban el aire; un ruiseñor cantaba desde el misterio de la espesura; el mar de acero bruñido se cu-

bría, allá, cerca del horizonte, con un manto de púrpura; tras de la apoteosis de las nubes luminosas, manchadas con la sangre de oro del sol que acababa de estallar en aquella polvareda de luz, se extendía el camino de Hellas divina; y por Oriente, por donde ya ascendía la palidez del crepúsculo, el horizonte triste ocultaba las costas arenosas y bajas de Palestina.

—Sí, pensé; allí está la tierra cristiana, detras de esas olas oscuras. Y como una imagen que brotara al conjuro de un pensamiento, vi un mendigo de traje talar que, sentado en la arena, olvidado de las magnificencias del cielo y de la hermosura del mar y de la isla, muy atento, al parecer, á lo que hacia, con la cabeza sumida en el pecho, trabajaba meditabundo en un tosco tapiz, que remendaba con groseros hilvanos,

Era un hombrecillo delgado, nervioso, de ojos ardientes, de párpados irritados, rojizos de barba rala y enmarañada.

Al chasquido de un beso de Apolo en los labios de Afrodita, el viejo irguió la cabeza y se puso en pie de un salto, estremeciéndose como preparándose contra un peligro.

Vió á los dioses desnudos, y sin escandalizarse, volvió á otro lado la mirada y preguntó:

—¿Quién sois?

Reparó Febo en el mendigo, y exclamó:

—Apolo y Venus.

—¡Ah! sí; los dioses falsos.

—Buen hombre, no hay dioses falsos; somos inmortales. Venimos del Olimpo. Y tú, ¿quién eres?

—¿Yó? Soy Pablo de Tarso, en Cilicia. Vengo de Antioquía; me embarque en Seleucia y dejé mi nave en Salamina; he pasado por Icion y Porimatonta, y ahora descanso en Pafos. Mañana, otra vela me llevará á Panfilia, á la desembocadura del cestro, y por el rio subiré hasta Pergo...

—¿Y qué destino te conduce? ¿Porqué viajas?

—Predico á los gentiles. Voy á convertir al mundo.

—¿A qué religion?

—A la de Cristo.

—¡Bah! La religion de Cristo ya comenzó á ser predicada hace casi dos mil años.

—Ya lo sé. Fui yo mismo. Pero ahora empiezo otra vez. No me entendieron. Por aquí mismo pasé otra vez hace mil ochocientos años; Bernabé venía conmigo; en estas costas sobre las ruinas del templo de Afrodita, en Neapafos, predicamos y convertimos á muchos gentiles, entre ellos á Sergio Paulo... Después, inflamados en el amor de la buena nueva, volamos al Asia Menor...

¡hermosa vida! hambre, sed, prisiones, humillantes latigazos, todo lo sufrí contento; el Señor iba conmigo; yo era el apóstol de los gentiles; Jesús se me había aparecido; mi revelacion era mía... Y el mundo fué cristiano. Pero de mala manera. No me comprendieron. Hay que empezar otra vez, y vuelvo por los mismos pasos á predicar de nuevo (á ver si ahora me entienden) el amor de Cristo.

—Pues mira como ha de ser, porque nosotros no hemos muerto, ni pensamos morir.

—No importa, repuso San Pablo encogiendo los hombros. No hace falta que muera nadie. Vosotros vivireis á vuestra manera.

—Pablo, yo soy la poesía!

—Apolo, tambien yo.

.....

LEOPOLDO ALAS.

(CLARIN.)





Trajes, Saludos y Vocablos á la Moda.



I.

Si desde que el hombre ha empezado á vestirse no ha encontrado todavía un traje cómodo y elegante, no ha sido ciertamente por falta de ensayos. Para formarse de ello una idea, no es necesario poseer grandes conocimientos en indumentaria: basta tener cuarenta años, y los tiene cualquiera, por ser cosa comun y barata, para quedarse atónito con solo pasar mentalmente revista, aunque no sea más que á los pantalones que haya usado. Todos diferentes en género y en forma! Y las levitas? Y los sombreros? Unos de copa alta, otros de copa baja: en forma de campana unos, como un cilindro otros: unos con las alas grandes, otros con ellas pequeñas; rectas y horizontales unas, curvas y vueltas hácia arriba otras. Y de los colores? no hablemos. En fin la infinita variedad dentro de la unidad, como en las obras de la naturaleza, que parecen por lo tanto, ensayos, ò tentativas para llegar á una perfeccion suprema. Perfeccion, que quiera Dios no alcancemos nunca, porque creo yo que el dia que lo lográsemos nos moririamos todos de tristeza, á no cambiar la condicion esencial de nuestro ser. Así los pueblos y las sociedades que no cambian de traje permanecen tristemente estacionarios en sus ideas como los árabes y los frailes. Entre un árabe contemporáneo nuestro

y otro de hace doscientos años puede asegurarse que no hay más diferencia que entre dos camellos de las mismas épocas; mientras que Voltaire al lado de cualquiera de nuestros actuales petimetres sería un ignorante, un fanático. En cuanto á los frailes, ya se sabe que, no habiendo variado el molde, tienen que ser forzosamente iguales los de todas las épocas, aunque bien pudieran establecerse comparaciones, por aquello de que el hábito no hace al monge.

Pero vaya si lo hace fuera del convento! No, en una pequeña localidad donde el individuo sea conocido, porque entonces importa poco que se vista de seda; pero en los grandes centros de poblacion importa mucho; y hay un adagio dinamarqués que dice: «honra tu traje, si quieres que tu traje de honre». Esto quiere decir, sin duda, que se cepille diariamente, y se cuide que no falten botones. Pero estos trajes modestos tienen poca relacion con las modas de las cuales suelen hallarse á gran distancia.

Y, hablando ahora sériamente, no son las modas una cosa tan frívola como generalmente se cree. Representan nada menos que los esfuerzos del arte para embellecer la vida, ó para satisfacer las pasiones que son su principal estímulo, y á las que indudablemente se debe el desarrollo de la industria, del comercio y de la riqueza; porque el deseo de gozar de la vida con todas sus facultades; de satisfacer el constante anhelo de agradar, de sobresalir; la vanidad, y todos los vicios en general, son mucho más útiles á la sociedad, económicamente hablando, que las virtudes. Lo uno no puede existir sin lo otro, como no se podría concebir, ni apetecer lo bello, si no se conociera lo feo. De la lucha entre los dos principios del bien y del mal nacen la luz y el progreso. El triunfo de cualquiera de ellos tendria igualmente por consecuencia la estincion de la especie humana. Si venciera el vicio la sociedad acabaria en una orgía como Sardanápalo; y si triunfara la virtud la poblacion se iria consumiendo en los conventos, y el mundo se convertiria en los vastos y tristes desiertos de Africa.

Las modas no se limitan á vestirnos, á peinarnos y calzarnos; penetran en el interior de las casas; hasta en la cocina se meten; introducen usos nuevos en las formas exteriores de nuestro trato social; y hasta el modo de hablar alteran, sin el menor miramiento, y con razon, á la Academia de la lengua, que suele andar en esto atrasada, y es como todo monopolio un obstáculo al progreso.

Hay pues, además de los trajes, maneras de saludar á la moda, muebles de moda, platos á la moda y palabras á la moda.

Los espíritus reaccionarios detestan todas las invenciones ó innovaciones modernas. Son en la marcha progresiva de la sociedad semejantes á las aguas que vemos en las orillas de los grandes ríos subir haciendo remolinos en sentido contrario á la majestuosa corriente. Este espíritu de contradicción, frecuente en los viejos, llega en unos á tal extremo que rechazan los usos antiguos, cuya desaparición lamentan, si la moda los saca á relucir. Les parece una usurpación ó una profanación. Pero *oportet hoereses esse!* su hostilidad contribuye poderosamente á la perfección del gusto.

Las modas nuevas, sin embargo, suelen parecer á todos ridículas; son objeto de crítica cuando nacen y de pena cuando mueren. Nos acostumbramos á ellas de tal modo que el día en que desaparezca el *polisson*, yo creo que se notará un triste vacío en la sociedad. Pero, ca, no desaparecerá de repente, porque los viejos, que no pueden marchar al compás de la ajitada juventud, son, como se ha dicho, enemigos de cambios; y si tardan en adoptar las novedades, tardan por la misma razón en dejarlas: así se verá durante algún tiempo alguno que otro *polisson* rezagado. Además entre los usos que introducen las modas no llegan á desaparecer todos enteramente. Se encuentran de vez en cuando algunos casos aislados de *atavismo*, como dirían los fisiólogos, especialmente entre los sombreros; y sobre todo en el peinado y disposición de la barba en los hombres. Y, por cierto que un amigo mío que usaba siempre las uñas largas, objeto de su particular esmero, había calculado que reuniendo los recortes de las uñas de un hombre durante su vida, se llegaría á formar una uña de *doce metros y medio* de largo, uña formidable! Pero las hay más largas todavía, y dicen que algunas llegan de Madrid á Filipinas y la Habana.

II

El marqués D' Orsay, célebre por su buen gusto en el vestir, puso de moda en Londres una grosera tela de sacos con la que se mandó hacer una levita; y esto nos prueba que no son las modas las que hacen elegantes á las personas, sino las personas dotadas de buen gusto las que hacen parecer gracioso hasta lo más ridículo.

lo. Así el nuevo apéndice posterior que presta gracia al talle de algunas damas, parece que pesa en otras como una triste obligación.

No hay duda que el saludo más cortés consiste en quitarse el sombrero enteramente, pero en el modo de quitárselo está el *quid*. Algunos lo levantan en alto de repente: salta como impelido por un resorte; y la cabeza parece de este modo una caja de sorpresa. Otros, al darse las manos al uso moderno, levantan los codos tan aprisa como si se pellizcaran ó quemaran los dedos.

Los esclavos de la moda son su caricatura. La embellecen por el contrario las personas de buen gusto que imprimen su carácter al uso nuevo; como si fuera creación propia. En esto consiste el secreto de agradar.

No son todas las damas de igual estatura, ni tienen el mismo talle para que á todas indistintamente siente bien la misma forma de vestido, el mismo sombrero y el mismo peinado. La naturaleza, que tiene horror á la monotonía, distribuye sus gracias al azar, y suele acompañarlas de algun defectillo compensador para que sus obras dejen siempre algo que desear. Pero, así como es infinita la variedad de formas, es también infinita la variedad en los gustos: se corresponden y la felicidad se realiza cuando se reúnen. Así no se alarman las bellas, aunque las mortifique alguna ligera imperfección, pues si logran herir el corazón de un galán, se convertirá para él en una gracia especial: y entonces es igual que se pongan el *polisson* al derechas que al revers.

Cuando habla la naturaleza las modas se callan. Pero son necesarias para producir la primera impresión que prepara el triunfo definitivo; y lo obtendrán fácilmente, si de los adornos saben sacar partido. Esta es cuestión de gusto; de gusto artístico sobre el cual es permitido disputar, aunque ya nadie ponga en duda la inmensa ventaja que lleva la sencillez natural á la afectación siempre ridícula; la independencia, del gusto característico á la humillante subordinación al ajeno.

En ninguna parte se nota tanto esta independencia, y se vé por lo mismo menos uniformidad en trajes y adornos que en el gran centro de su incesante variación; porque las parisienses que son las mujeres más elegantes de Europa, sobreponen siempre su buen gusto á las invenciones de la moda. Fuera de París ya se nota la influencia del figurin.

En Francia las mujeres en general tienen mejor gusto para vestir que los hombres. Lo contrario sucede en Inglaterra. Los españoles visten mejor que los franceses. En las damas españolas su gracia nacional está todavía en guerra abierta con el *chic* que le imponen las modas francesas. Los italianos de ambos sexos carecen de gusto para vestir. Parece que llevan siempre uniforme los alemanes. Son más elegantes los austriacos. Los rusos visten como los ingleses y las rusas como las parisienses. Hablo de la sociedad *de haute volée* ó sea *high life*.

III

Por el traje, los modales y manera de hablar se conoce inmediatamente si las personas tienen gusto propio ó son máquinas de imitación.

Entre las modas, la de las palabras es la más peligrosa, porque el arte de hablar es más difícil que el de vestir. Las palabras de moda no se imponen como los trajes; y el que las adopta y emplea, como generalmente sucede à trochemoche, ingresa voluntariamente en el círculo de los tontos. A fuerza de abusar de la palabra *cursi* llegó à ser *cursi* emplearla.

En todas las sociedades altas y bajas de todas las épocas y países, la juventud ociosa y alegre ha procurado y procura amenizar el lenguaje con metáforas y neologismos alusivos à sucesos contemporáneos. Ya Boursault, poco despues de Luis XIV, escribió una comedia titulada: «Las palabras à la moda»; pero este vocabulario, caprichoso y convencional, siguió prosperando y cambiando con la rapidez de las modas de que forma parte. El jóven parisiense que lo ignora, ya está juzgado: no gira en el círculo de la vida alegre. Hubo un tiempo en que se entendían en aquel círculo con las primeras sílabas de las palabras: *Ope-Co*, significaba Opera cómica, *Thé-Fran*, teatro francés *A sic de coeteris*. De esta academia anónima salieron el *chic* y el *pschutt*, y el *crevé* y el *gommeux* y otros mil vocablos que murieron sin salir del círculo en que nacieron.

Entre nosotros hace años para decir *sí* se empleaba la locucion *hacer feliz*. Le gustan à V. las aceitunas? *Oh! me hacen feliz!* Despues vino *la mar* que inundaba todas las conversaciones. Nadie podía expresar una idea sin el auxilio de *la mar*. Han llamado à la

puerta? *La mar de veces*. Qué mareo! qué fastidio! Qué tal el baile? *Chico, al pelo!* Había mucha gente? *La mar*.

Sucede con muchas palabras y locuciones lo que con algunas aguas minerales, que hacen efecto cuando están en boga y nadie vuelve à recordarlás luego que pierden el crédito. Hasta la saciedad repitieron nuestros oradores parlamentarios la frase que parecía sacramental y obligada: «*En este momento histórico.*» Bismarck habia dicho *momento psicológico*, y esto expresa una idea clara y precisa; pero *momento histórico* es sin duda una anfibología ó una de esas frases huecas que parece que significan mucho, y en realidad no significan nada. Hay *tiempos prehistóricos* y *tiempos históricos*. En estos vivimos y por lo tanto à ellos pertenecen los momentos, días meses y años que van pasando. Hay *momentos memorables*, si, por ocurrir en ellos hechos extraordinarios, *historiables*. Cierto que si el hecho pertenece à la historia pertenece tambien el momento en que ocurrió; pero pretender que el momento en que habla un diputado sea ya *histórico*, ó, en todo caso *historiable*, es una pretension *morrocotuda*.

No quiero cansar ya más el seso en averiguar la propiedad de una locucion cuya moda, por otra parte, yá pasó. Vino despues el *Verbo* à entrar en danza, y luego se puso à la moda cierta atildadura que *en realidad de verdad* es *por todo extremo* ridícula, y *cuasi* insoportable.

DAVID PRADA.





APUNTES PARA UNA HISTORIA
DEL
Teatro Español Antigo.

DRAMÁTICOS DE SEGUNDO ORDEN

JUAN MATOS FRAGOSO

Ver y creer el rey D. Pedro de Portugal y D.^a Inés de Castro.

(PARTE SEGUNDA DE *Reinar despues de morir.*)

(CONTINUACION)

Como se vé por el argumento el título no está bastante justificado, además la circunstancia de la sustitucion de Blanca por Leonor es la misma de la Comedia del mismo autor *El Galan de su muger* y hay incoherencias en la sucesion de los episodios, pero, aparte de esto y del abuso de las mutaciones, aparte de algunas impropiedades, como es la de suponer que el rey Don Pedro poseyera llaves maestras como un ladron vulgar de poblacion, la obra se distingue por una versificacion fluida, armoniosa y poética en alto grado, por un lenguaje propio elevado y correcto, por pensamientos magnificos, y conceptos gráficamente, exactos y bellos, por una idealidad y verosimilitud en los caracteres nunca bien ponderada, por la oportunidad y encage de las situaciones, por lo bien conducida que está la accion en sus bien meditadas etapas, que hacen de cada jornada un episodio de cada episodio un argumento, y en fin por el artificio dramático que no en todas sus obras trabajó el autor con tanto esmero y acierto, ni con tan felices resultados. El gracioso es... sumamente gracioso; con frecuencia encaja un

cuento ó relacion tan oportuno; tan lleno de sal y donaire que no es su parte la peor de todas, y no podemos menos de copiar algunos para solaz y entretenimiento de nuestros lectores.

Hablando con su amo de los favores de la fortuna, dá la razon de que estos los obtengan siempre los tontos en los siguientes términos:

Mira, la fortuna es una
dama, de gallardo cuerpo,
llena de joyas y galas,
que causa á todos respeto;
esta anda entre los concursos
mayores del universo,
y los discretos, que ven,
venir con garbo y despejo
una muger tan bizarra
como corteses y atentos,
á los lados se retiran
por que ella pase por medio,
haciendo como entendidos;
y como los majaderos
no hacen caso ni se apartan,
y se estan quedos que quedos,
la fortuna que va andando,
es fuerza *tope* con ellos.

Dando cuenta el mismo rey de la manera de cazar leones dice así:

Viénese el leon á mí,
y, al tiempo que me acomete,
póngole un broquel delante,
y como las garras fuertes,
del bruto el broquel penetran,
yo entonces mañosamente,
con un martillo le doy
remachando las crueles
uñas por de dentro, y queda
atado para ofenderme.

Ponderando á su novia su amor y fidelidad, las compara á las de los moros, cuyas costumbres en esto señala del siguiente modo:

Hay en los campos de Tanger
unos moros, Beatriz bella,
que se llaman melioneses
los que los melones siembran;
estos tales son tan raros,
que aquella noche primera
que se casan á las novias,
ya que desnudas se acuestan
en vez de dulces amores,
azotan con unas riendas;
y preguntando la causa,
un cautivo de mi tierra,
le dijo un moro; Cristiano
esto se hace para muestra,
de amor y seguridad
porque la mujer no tenga
celos jamás del marido,
porque si con tal fiereza
tratan las que más adoran
¿Qué harán con las demás hembras?

El mismo manifestando al rey la causa de la tristeza de su
amo dícele que es por copiar la suya, y añade:

De ordinario los vasallos
imitar á su Rey suelen
en las costumbres y modos;
si en los libros se entretiene,
todos al instante juntan
librerías diferentes;
si gusta de los caballos,
todos caballos pretenden;
si de perros, todos andan
anhelando por lebreles;
si de bailes, todos bailan;
dicen que en Indias hay gente
que, porque á un Cacique vieron
sin un diente incontinenti,
todos desde entonces dieron
luego sacarse otro diente;
y así como vuestra alteza,

desde aquella infeliz muerte
de la Reina, anda tan triste,
don Lope imitarle quiere;
que es tanta la imitacion
de todos los portugueses,
que porque amó vuestra alteza
á una Inés ya todos quieren
á las Ineses no más
porque se llaman Ineses.

La parte dramática no desdice, antes bien aventaja, á la cómica, siendo muy notable el monólogo de Don Lope, en que lucha entre sus sospechas y su cariño, así como el diálogo con su esposa en que no sabemos qué alabar más, si la valentía de la frase, ó la admirable fuerza de gradacion de las espresiones. En cuanto al fondo moral de la fábula escaso es el que se desprende, pudiendo considerarse esta obra como una expansion dramática sin más objeto, que entretener y deleitar, objeto que su autor debió conseguir, pues hoy solo con ser leida agrada su obra. Esto es ni más ni ménos lo que nos ha parecido; es verdad que por ella solo no puede juzgarse del mérito de su autor, pero prescindiendo de sus muchos defectos *ver y creer* es una perla más añadida á la corona dramática del excelente Don JUAN MATOS Y FRAGOSO.

CONTINUARÁ
FERMIN HERRAN





Crónica de la Provincia.



LAS FIESTAS.

I.

La última quincena fué de fiestas. Solemnizó Oviedo como de costumbre la terminacion de la deliciosa temporada veraniega. No tuvimos como se esperaba la Exposicion provincial; ya se sabe porque. Pero tuvimos en cambio dos espectáculos que cada uno por su estilo han proporcionado á los numerosos forasteros y al vecindario ovetense, ratos de preciosa expansion y entretenimiento. Me refiero en primer término á la magnífica velada literaria que se celebró el día 24 en el Circo-teatro y á las animadísimas carreras de velocípedos que el día 22 tuvieron lugar en el salon del Bombé en el frondoso Campo de San Francisco.

De la velada, que bajo el nombre de juegos florales se anunció, mucho pudiéramos decir. La sala del Circo-teatro estaba literalmente llena por lo más selecto y distinguido de la sociedad ovetense y numerosos forasteros. Presentaba una vista de primer orden. El poeta y los oradores.... merecen mencion especial todos. El poeta era Teodoro Cuesta, el popularísimo vate

asturiano, cantor de nuestros pintorescos valles y montañas, pintor primoroso de las sencillas y características costumbres del aldiano de Asturias que tan admirablemente sabe espresar con el dialecto de nuestros campesinos los más tiernos afectos del alma humana. La poesía premiada y que leyó entre merecidos aplausos titulase *Barruntos d' Amor-La presona*. Es, puede decirse, un pequeño poema lleno de descripciones admirables, y de pensamientos originalísimos. Como muestra de aquellas entre muchas que pudieran citarse está la pintura animadísima y sencilla de la romería. Es de lo mejor sin duda entre lo mucho bueno que lleva publicado Teodoro Cuesta. Procuraremos que lo conozcan nuestros lectores.

Los oradores, conocidos son por su fama no solo en Asturias, sino en Madrid y en España entera, Guillermo Estrada, Félix Aramburu, Manuel Pedregal y Rafael Labra, son nombres que por un concepto ó por otro han rebasado los límites de la provincia. Hablando ellos no podía menos de resultar la fiesta de la elocuencia, como resultó, magnífica. Verdad es que es difícil reunir sobre todo en un pueblo de la importancia de Oviedo cuatro oradores tan de primera fuerza y de tan variada oratoria.

Comenzó D. Guillermo Estrada, el célebre diputado tradicionalista que tan alto dejó su nombre en el Parlamento español, el ilustre catedrático de nuestra Universidad orgullo de ella. Su discurso fué como todos los suyos correcto en la forma, de corte fino y aristocrático, elocuente y hermoso. Tenía el encargo de anunciar á los oradores que habrían de hablar y lo hizo con aquella delicadísima modestia que le es tan característica. Luego nos hizo pasar un momento delicioso hablando con fluidez admirable y en tonos elocuentísimos de las pasadas glorias de Asturias, de la cruenta cultura de ésta para él tan querida provincia... Bien demostraban los aplausos del público que Estrada sabía herir admirablemente las cuerdas del entusiasmo.

Aramburu habló después. La valiente, poética y apasionada palabra del decano y profesor de Derecho penal de nuestra Universidad literaria levantó como siempre que se deja oír tempestades de aplausos. ¡Qué contraste más hermoso entre la oratoria de Estrada y la de Aramburu y, sin embargo, cómo saben los dos conmovier y arrastrar á quien tiene la dicha de escucharles! Así como Estrada cantó á la Asturias de nuestra heroica historia, Aramburu recordando el glorioso pasado también *cantó*, porque eso puede decirse de su poético y bellissimo discurso, la Asturias del porvenir, la As-

turias que ha de brotar de nuestros tiempos al calor de la naciente industria y de la ya difundida ilustración actual.

Pedregal ocupó seguidamente la tribuna. Si el contraste entre Estrada y Aramburu es grande, mayor aun y tan bello es el que existe entre la oratoria de los dos y la del diputado y el ex-ministro republicano. Hombre del Parlamento y del Foro, el señor Pedregal, su oratoria es grave y solemne, llena de vigor y de fuerza. El discurso pronunciado la noche del 24, de gran valer y alcance, fué una calurosa exposición del gravísimo problema social contemporáneo, hecha con maestría y adecuadamente para el especial público que llenaba el local del Circo-teatro. Cuán de desear sería que aquel ferviente y entusiasta llamamiento del orador á las clases sociales bien acomodadas á los sentimientos filantrópicos de la muger, no fuera.... *sermon perdido!*

Por último apareció en la tribuna D. Rafael M. de Labra, que hasta aquella misma hora no decidió hacer tal cosa, á causa del mal estado de su salud. Su discurso elocuente, como todos los suyos, cerró dignamente la interesante velada. ¡Buen remate, en verdad, era aquella oratoria tribunicia y caliente, del entusiasta defensor de la abolición de la esclavitud en nuestras Antillas!

En la misma velada se repartieron los siguientes premios:

1.º Premio á D. Teodoro Cuesta por la composición bable titulada «La persona».

2.º Premio á D. Nicanor Muñiz Prada por su excelente trabajo estudio sociológico del obrero asturiano que lleva por lema «el trabajo dignifica al hombre.»

3.º Premio á D. Nicolás Casielles, por una Memoria acerca del proyecto de casas para obreros, cuyo presupuesto no pase de 3.000 pesetas.

II.

El otro espectáculo á que aludíamos las carreras de velocípedos verificadas en el Salon del Bombe, fué entre las fiestas prometidas en el Programa de nuestro Ayuntamiento la más lucida bien ordenada y que verdade-

ramente satisfizo á todos. El sitio escogido es en verdad adecuadísimo. Así el aspecto que la improvisada pista presentaba era por sí sólo ya un espectáculo admirable. Los velocipedistas, en número de doce, desempeñaron su cometido á las mil maravillas. Entre ellos Rivera y Periquete despertaron legítimo entusiasmo en todos. Y no decimos más de esto porque una reseña detallada no es oportuna ya hoy.

Solo si antes de dejar de hablar de las fiestas, y sin pararnos á criticar lo que se cumplió y no se cumplió del Programa dado por nuestro Ayuntamiento, se nos ocurre hacer varias consideraciones.

Es preciso que se piense seriamente en dar á la fiesta de San Mateo, pues que las ha de haber como es natural, un carácter más elevado y distinto del que en la actualidad tienen. Hoy por hoy solo el Ayuntamiento arbitra recursos, y dirige exclusivamente los festejos y estos nunca salen de los *tradicionales* paseos, las *clásicas* iluminaciones, los *ponderados* fuegos, los... Xigantes etc. etc. Acaso este año en que tanto y tanto se ha criticado el Programa de festejos por casualidad no más si se quiere, figuraron en él tres espectáculos bonitísimos, uno de los que (la misa de campaña) no pudo realizarse siendo las otras dos las que antes á la ligera reseñamos. Pero aun esto es poco; es necesario que el comercio (principal interesado) tome parte y ayude á la corporación municipal con sus valiosos recursos. Es preciso que las demás corporaciones oficiales y no oficiales intervengan y se organicen así bajo su tutela y protección certámenes musicales de bandas y de orfeones, exposiciones particulares sobre ramos especiales de la industria humana. ¡Que cosa más oportuna que una exposición local ó provincial de labores de mujer! Y que poco trabajo costaría organizarla! Solo sería preciso el esfuerzo de unas cuantas señoras de buena voluntad.

Debe servir de ejemplo á todos, el éxito relativamente magnífico del certámen musical habido hace pocos años y el que acaba de alcanzar en la velada del 24 la Sociedad económica de amigos del país.

LA ESCASEZ DE AGUAS.

En varias ocasiones se ha ocupado la REVISTA en este capitalísimo asunto. Nuestras predicciones se van cumpliendo. En cuanto la sequía

dura un poco más de lo ordinario la escasez se deja sentir y si tal sequía se prolonga mucho como ahora sucede, el Ayuntamiento se ve amenazado por terrible conflicto. Si no tuviera esto remedio, y si esto no se hubiera anunciado con hechos anteriores y advertencias de personas competentes, sería disculpable el estado alarmante en que hoy nos encontramos, pero no es así, la cosa es remediable las advertencias han sido hechas, por los sucesos mismos repetidas veces y por llamamientos desinteresados de personas imparciales é inteligentes y las corporaciones municipales hasta hoy si algo han hablado han hecho poco todavía. Es preciso que el problema se ataque de frente, que las manifestaciones hechas por algunos señores concejales tengan un resultado práctico cuanto antes y sobre todo que al ponerse hoy á realizar la obra que reclama la opinion pública y la necesidad, no se haga á medias, como parece indicarse, sino para siempre y de una vez, de modo que se dote á Oviedo (ya que eso es posible) de cuanta agua potable sea precisa en la época de mayor escasez que son tambien las de mayor consumo.

VARIAS NOTICIAS.

La comision provincial de nuestra diputacion ha nombrado para la plaza de maestro pensionado con el objeto de estudiar los adelantos pedagogicos en Madrid y en el extranjero á D. Eulogio Diaz Santos, el cual segun tenemos entendido saldrá pronto para la Côte á fin de empezar á desempeñar su honroso y dificil cometido.

Han salido para Madrid el Sr. D. Manuel Pedregal y D. Julian San Miguel.

Nuestro Director D. Genaro Alas de regreso ya de su expedicion á Tolosa ha comenzado á publicar en *El Imparcial* un extenso y detallado trabajo acerca de la movilizacion del 17º cuerpo del ejército francés. A propósito de sus opiniones han hablado ya importantes periódicos de la

vecina República. Entre otros podemos citar *L' Avenir* de Bayona que publica largo artículo de fondo y *Le Figaro* de Paris.

LIBROS.

Se ha puesto á la venta en las principales librerías el tercer *folleto literario* de *Clarín* titulado *Apolo en Pafos*, del cual nos escusamos decir una palabra porque el lector puede juzgar por si mismo leyendo en la seccion general de la REVISTA lo que de él publicamos y eso basta. Los libros de Clarín no necesitan otra recomendacion.



REVISTA DE ASTURIAS

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

Esta revista se publica los días 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas con su cubierta de color. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; dedica especial atención al movimiento intelectual, moral y material de las provincias.



PRECIOS DE SUSCRICION.

		FUERA DE LA PROVINCIA.
Un mes	seta.	Tres meses 5 pts.
Tres meses		Ultramár, medio año. 10 >
Un año 12		Extranjero, un año. . 25 >



Publicaciones de la REVISTA DE ASTURIAS

- I. *La Biblioteca Asturiana* por D. FERMIN CANELLA SECADES.
- II. *El Parlamentarismo* por D. ADOLFO POSADA.
- III. *Monte-Esquinza* (Acuarela); por GENARO ALAS. *Cuento* de David P.,...

EN PREPARACION.

- IV. *El Darwinismo* por GENARO ALAS.
- V. *Apuntes para una historia del Teatro Español Antiguo.— Dramáticos de segundo órder,* por FERMIN HERRAN.